

Pilato, nacido en el Ponto y tributario de Roma, ó porque era fácil, como discurre San Agustín, el ocultarse, así los padres como el Niño, entre los muchos judíos que concurrían en Jerusalem con el motivo de adorar á Dios en el Templo, que era el lugar señalado para el cumplimiento de este rito. Las dos respuestas, que no pasan de conjeturas, son del citado San Agustín. Por lo que solo tenemos por cosa cierta lo que escribe San Lucas, y es, que los padres del Niño Dios iban todos los años á Jerusalem, y que llevaron á Jesus cuando ya habia cumplido los doce años.

CAPITULO XXVI.

Entra el Señor San José en Jerusalem con su sagrada Familia, y volviéndose á Nazaret, concluida la solemnidad de aquellos dias, sin advertirlo, se quedó el Niño en el Templo.

HABIENDO la Sagrada Familia despues de cinco dias de camino arribado á la ciudad de Jerusalem, adoró en su Templo al Soberano Dios

de Israel, ofreciéndole juntamente aquel donativo que tenia Dios señalado en un mandamiento que está escrito en el Exodo; porque el Señor no gustaba de que sus adoradores llegasen con las manos vacías á su presencia; bien que el don no salia, como dicen algunos espositores, del dominio del oferente, contentándose el Señor, que no necesita de nuestros bienes, con la voluntaria oblacion del sacrificio. Pasados los dias solemnes de la Pascua, salieron José y María de Jerusalem para Nazaret; mas el Niño, ó por examinar el amor de sus padres, ó por mostrar aquella independenciam, que por ser tambien Dios, tenia de ellos, se quedó en el Templo sin avisarles. José y María al principio no le buscaron, pensando que el Niño, de cuyo proceder estaban bien satisfechos, iria acompañado con algun pariente ó ciudadano de Nazaret. El blasfemo y sacrílego Martín Lutero dice, que fué negligencia ó descuido voluntario de María y de José el haber dejado al Niño en Jerusalem. ¿Qué se podia oír de un heresiarca tan impío como Lutero, sino una horrenda blasfemia contra los padres de Jesus? César Calino, hablando

como buen católico y piadosísimo escritor; discurre á favor de María y de José de esta manera: «El yerro no nació de la negligencia, sino del respeto de los padres. María y José tenían entendido quién era el Niño; y aunque en las ocurrencias domésticas le mandaban, no obstante, lo dejaban usar de su libertad, y veneraban como divinas sus acciones. Beda y otros, juzgaron, que yendo los hombres separados de las mugeres, San José creería que el Niño iba con su Madre, y la Madre pensaría que iba con José; mas esta sentencia no es muy verisímil, porque el testo sagrado no habla de esta separacion; pues solo dice, que los padres de Jesus pensaron que iba con los que volvian de Jerusalem para Nazaret. Eutimio cree que Jesus no dió parte de su determinacion á sus padres, porque conocia que le habian de negar la licencia de quedarse. Quien discurre de semejante modo, muestra que no entiende la profunda reverencia, con que María y José trataban al Niño Dios. Los padres al fin de la primera jornada echaron ménos al Niño, y comenzaron á buscarlo entre los parientes y conocidos

de aquella comitiva, y no hallándolo, quedaron sus corazones heridos de un estremo dolor, y negados con la pérdida de Jesus á los lenitivos de algun consuelo..... María y José eran dos almas irreprehensibles; mas como es propiedad de los justos el tener culpa donde no la hay, podian dudar si acaso habrian disgustado á su Jesus..... Traerian tambien á la memoria aquella espada, que segun la profecía de Simeon, habia de partir el alma de la Madre del Niño Dios, y dudarian si acaso ya comenzaba á cumplirse aquel funesto y doloroso vaticinio..... En aquella noche, que se les haria larga como un siglo, esperarían al Niño por momentos. A cualquier ruido, saldrian á ver si era el embeleso de sus afectos. Pasada la noche en estas amarguras, y amaneciendo el dia, retrocedieron para Jerusalem, preguntando á los pasajeros, si habian visto un Niño de tales señas; y no teniendo noticia alguna de su amado Jesus, entraron á buscarlo en Jerusalem. Dirigieron sus pasos á la posada donde habian estado, y allí preguntaron por el Niño, y no dándoles respuesta de su gusto, al

«dia siguiente se fueron al Templo con ciertas
 «esperanzas de hallarlo; y no los engañó su co-
 «razon, porque al tercer dia lo hallaron en el
 «Templo sentado en medio de los Doctores, á
 «quienes hacia varias preguntas. Luego que en-
 «traron los padres, lo vieron, y los sorprendió
 «la admiracion. Acabado aquel respetable con-
 «greso de Maestros, y Doctores de la ley, se
 «fué Jesus con respeto de hijo hácia sus padres;
 «mas José se estuvo callado, cediendo la accion
 «de hablar á la Madre, quien se esplicó se es-
 «ta suerte con su Hijo, nombrando primero á
 «San José, como á cabeza de la familia: Hijo,
 «qué es lo que has hecho con nosotros? Tu Pa-
 «dre y yo te hemos buscado con dolor. Res-
 «pondió Jesus, y dice el Evangelio que sus pa-
 «dres no entendieron por entonces la respuesta.»

CAPITULO XXVII.

Hallado el Niño en el Templo, se vuelve
 el Señor San José á Nazaret.

DESPUES del regreso de Jerusalem á Nazaret,
 vivió el Señor San José en compañía de la

Virgen y de su Hijo Jesus, hasta que este en-
 tró en los treinta años de su edad, segun la sen-
 tencia de San Gerónimo y de algunos historia-
 dores que siguen la opinion comun entre los teó-
 logos y los intérpretes de las Sagradas Escritu-
 ras. De la vida que el Padre de Jesus hizo en
 la ciudad ó pueblo de Nazaret, despues que ha-
 llado el Niño en el Templo volvió de Jerusalem,
 no tenemos más historias que aquellas dos pa-
 labras de San Lucas: *subditus illis*, las que
 significan, que el Niño Dios despues de cum-
 plidos los doce años vivia debajo de la au-
 toridad y del imperio de sus padres. Justino
 mártir, y Monsieur Tilemont con Orígenes y Eu-
 sebio, dicen, que en Nazaret ejercitó el Santo
 Patriarca la carpintería, y que Jesus le ayuda-
 ba, aprendiendo al mismo tiempo de su Padre
 San José, como de maestro, el oficio y ciencia
 experimental que enseña á hacer arados, yugos,
 y otras obras de madera. Ni estos ni otros es-
 critores antiguos nos descubren cosa particular
 de la vida interior de este gran Santo; mas po-
 demos creer que en cada momento de su vida
 contó más virtudes, que acciones heróicas aquel

Alejandro, que medía su edad, más que por los años, por las épocas memorables de sus conquistas y victorias. Pudo nacer este silencio de aquella voz magnífica, *justo*, con que describe el Evangelio á San José, la que bien considerada, no deja más que decir á sus mayores panegiristas. Por ventura omitirían las virtudes, por emplear sus plumas en los elogios de la autoridad con que tenia al Dios hecho hombre debajo de sus órdenes, la cual por su naturaleza supone un hombre consumado en la perfección de la santidad, y en los ejercicios de toda la vida espiritual. De esta se hablará cuando se trate de los méritos y virtudes del Padre putativo de Jesus. Su honor y ministerio aplaude la Iglesia con un himno que puso en los maitines de su oficio, y que á su imitación celebran el piadoso y sabio escritor José Antonio Patriñani, el Sr. D. Diego José Abad, poeta mexicano, y D. Antonio Mendoza, con la elegancia de versos que se dirigen al tiempo en que Jesus se dignó estar debajo de la obediencia del dignísimo Esposo de María.

CAPITULO XXVIII.

Muerte del Señor San José.

No están de acuerdo los historiadores en el año de la muerte del Señor San José. En el Sinaxario Copto Arábigo, que es una colección de vidas de los Santos, que hizo el ilustrísimo Miguel, obispo de Atribi y de Melega, se dice, que José pasó al otro mundo de edad de ciento y once años; mas así este hecho, como otros semejantes, que cuenta este prelado extranjero en aquel libro, verdaderamente son una fábula, y una noticia, que por venir fundada sobre las ideas altaneras del vulgo, merece la misma creencia que los mercurios y gacetas de la Europa.

El Señor San José, según las tradiciones más constantes, murió en Jerusalem, habiendo ido, como era costumbre entre los hebreos, á presentarse al Señor en el Templo en el día solemne de la Pascua. Por donde se conoce que no era tan anciano como escribe el obispo de Melega; porque la ley de las tres presentaciones anuales en el Templo, como dice Tirino, citado

en otro capítulo, solo obligaba á cumplir con este rito, cuando más tarde, hasta la edad de sesenta años. Monseñor Gerónimo Vida, obispo de Alva y poeta acreditado en el siglo XVI, no dijo tanto como el ilustrísimo Miguel, mas asintió á otra sentencia ó tradicion extravagante; porque [oscureciendo ciertamente con una noticia mal recibida de los sabios la elegancia del verso] dice, que en el tiempo de la Pasion de Cristo estaba vivo el Señor San José. Hasta aquí pudiera perdonarse al yerro la censura de los críticos; pero el hecho con que lo prueba no merece esta benignidad. Sea juez el lector, de esto que digo. Escribe el Vida, que el presidente de Judea Poncio Pilato deseoso de saber qué especie de hombre era aquel Rey de los judíos que estaba delatado en su tribunal por los escribas y fariseos, llamó á José, para que este, como quien era tenido por su padre, le informase, dándole alguna luz de aquella causa. A la citacion del juez, dice que compareció el Padre de Jesus, y que comenzando desde el principio, dió á Poncio Pilato una completa informacion de la persona de Cristo. Jacinto Ser-

ri, sin hacer mencion de este hecho, dijo, que no faltaban entre los Padres de la Iglesia sus defensores á esta sentencia, los cuales juzgaron que cuando murió Cristo vivia San José, y que sin embargo, el Señor encomendó su Madre al Evangelista San Juan para significar que María era Vírgen, y que José solamente habia sido su Padre putativo. Y quiénes son estos Padres de la Iglesia que cita el Serrí? El dice que así lo sienten San Juan Crisóstomo, el autor de la Pasion del Señor, que cita San Cipriano, San Augustin y San Ambrosio. El que parece hablar con más claridad entre estos Padres, es San Augustin, ó el que hizo aquel sermon que los Padres de San Mauro ponen entre las obras apócrifas de este Santo, en donde se dice sin fundamento sólido, que el Señor San José se halló presente cuando Cristo subió triunfante á los cielos. Si el autor hablara de San José resucitado para acompañar á su Hijo Jesus en aquel triunfo, no seria difícil darle fe; mas diciendo que no habia aun muerto San José en aquel tiempo, como pretende el maestro Serrí, juzga el Tilemont que no está bien probada esta sen-

tencia, porque aquel autor usa de una alegoría que no decide esta controversia.

El Papebroquio, continuador de la obra de Bolando, abiertamente afirma, que ni constan, ni se pueden conjeturar los años que sobrevivió San José, después que hallado el Niño en el Templo se volvió á Nazaret; pero que es poco ménos que cierto y creído de la mayor parte de los historiadores, que el Santo murió poco ántes que Cristo diese principio á su predicacion; porque comenzando el ministerio de Jesus, del todo lo pasan en silencio los Evangelistas que ántes lo nombraban, juntándolo siempre con su santísima Esposa la Vírgen María, por no ser ya conveniente que viviese el que era tenido por Padre de Jesus, cuando el Señor con obras maravillosas habia de probar, que no tenia más padre segun la naturaleza, que Dios. El Tilémont abraza tambien la sentencia del Papebroquio y Virgilio Sedlmair quien opone al Serrí la autoridad de San Epifanio y de otros valientes escritores, que no se persuaden, que estando vivo San José, Esposo verdadero de la Vírgen, se la hubiera encomendado Cristo á San Juan; y cuan-

do Jesus no hubiera encomendado su Madre á San José por los motivos que da el Serrí, á lo ménos los Evangelistas que hablan de los que asistieron á la Pasion, no pasaran en silencio al Padre putativo José, quien como tan fino y constante en el amor con su Jesus, no podia ménos que asistir al que fué tenido por su Hijo, en aquella hora de sus angustias y de las circunstancias más dolorosas de su muerte. Algunos han querido decir, que el Señor, San José estaba vivo y presente al triste espectáculo de la muerte de Jesus; pero que Cristo no le encomendó á su Madre, atendiendo á su vejez que era avanzada. Permítoles esto; pero respóndanme los contrarios, ¿por qué Jesus, cuando dejó encomendada su santísima Madre á San Juan, no le encomendó tambien á su Tutor y Padre putativo San José? Lo más acertado será creer, que el Señor San José en aquella ocasion calamitosa ya estaba fuera de este mundo; pues á estar vivo, le habria profetizado el Santo anciano Simeon la misma espada de dolor que anunció á María su Esposa, y Madre del Niño Dios.

El exímio Suarez cierra la disertacion con un

discurso, que atendida la autoridad y solidez de este Doctor, vale por una sentencia decisiva. « Juzgo que José no murió inmediatamente después de los doce años de Cristo, porque San « Lucas, cuando dice que volvió el Niño á Nazaret con sus padres, y que allí estuvo sujeto á « sus órdenes, da á entender que por algunos años vivió con ellos. Y es creible que José sobrevivió, para mantener á Jesus hasta los treinta años de su edad, en que habia de dar principio « á la predicacion del Evangelio. » Alejandro, que murió casi cuando comenzaba á vivir, dijo en cierta ocasion que se hablaba de su edad, que si esta era, como él la contaba, por las victorias, habia vivido muchos siglos. Estas voces, que en la boca de aquel conquistador que hizo temblar la tierra con su presencia, significan sus muchos triunfos, trasladadas á los años y vida del Señor San José, son la cronología y una cabal idea de sus virtudes; como quien segun el cómputo de Gerson, vivió muchos siglos, si se quieren contar, no sus años, que cuando más avanzados serian sesenta, sino las victorias que su constancia y lealtad para con Dios alcanzó en el calamitoso

teatro de aquellos tiempos. Finalmente, después de muchos siglos de triunfos, acabó la vida mortal con una muerte cuasada no del odio de los escribas y fariseos, sino natural; pues cuando aquel congreso de judíos temeroso de su ruina, le hubiera dado la muerte, no nos privarian de esta noticia tan digna de saberse en las historias.

José en su tránsito, que fué apacible, tuvo la felicidad de estar como lo canta en sus himnos la Iglesia, y lo representan las pinturas, asistido de Jesus y de María, quienes le cerraron con sus manos sacrosantas los ojos, derramando al mismo tiempo, segun el Borgoino y Juan Equío, las lágrimas del amor sobre el cadáver; de tal suerte, que dirian los judíos con más razon que en la muerte de Lázaro, *mirad cómo (Jesus y María) lo amaban.* Su muerte se cree causada de aquel amor divino que le inspiraban María con sus ejemplos, y el Hombre Dios con su presencia. Bernardino de Bustos, y con él otros escritores, refieren con espresiones de piedad, como sucedido en esta ocasion, lo que es verisímil que haya pasado en el tránsito feliz de un José, tan digno de llorarse por Jesus y por María, á

quienes habia servido con amor de Padre y tratado con el respeto más profundo. El amor, que le quitó la vida, no le quitaría el sentimiento y pena de dejar á su Hijo y á su Esposa esperando aquel golpe de dolor que les amenazaba, y que ya tenia el Cielo decretado. Las almas piadosas, cuando llegan á la despedida y últimos suspiros del Padre de Jesus y Esposo de María, no saben contener el torrente de afectos y de lágrimas que salen naturalmente de sus ojos. No es fácil repetir lo que escriben los autores en este lance doloroso; mas por no callarlo todo, pondré fin á esta muerte con el discurso de uno de los más elocuentes panegiristas que ha tenido el Señor San José. «No se ha podido averiguar, dice el P. Binet, á punto fijo el año del tránsito de San José: lo que se tiene por cosa cierta es, que pasó de esta vida á la otra, ántes de la Pasion de Jesucristo. Murió en medio de Jesus y de María: felicidad que causa sentimientos de ternura. Yo no acabo de entender cómo la muerte, á quien pintan ciega, acertó tan buen tiro: quizá por no tener ojos para ver aquellos dos luceros que rodeaban el lecho del

«moribundo Patriarca, se atrevió á pasar por «medio de Jesus y de María. Su tránsito al otro «mundo, más tuvo de triunfo que de muerte. «Dió finalmente el último suspiro, que recibieron «así Cristo como la Vírgen en lo más fino de su «pecho. Yo no dudo, que en esta ocasion bajó «toda la corte celestial á venerar aquel cuerpo «en que habia habitado un espíritu tan gigante, «y adornado de aquellas riquezas de la virtud, «que con el vocablo de *justo* nos significa el «Evangelio.»

José Antonio Patriñani sigue el mismo discurso del Binet con estas piadosas espresiones, que traduzco á la lengua castellana, por no privar á los amantes del Señor San José de estos incentivos de devocion: «¡Oh, y cómo en aquel «momento, que era el último de su vida, le com- «pensaría Jesus, al que tuvo en lugar de Padre, «los trabajos y los temores con un torrente de «confianza! Los ángeles le dirian: Id, oh nuevo «precursor, á llevar á los Santos Padres la noticia de su futura libertad, que ya aparece como «la Aurora del Sol de Justicia sobre sus horizontes, anunciando felicidades: entre tanto,

«nosotros os tejaremos aquella corona de rosas
 «y de azucenas, y aquel manto estrellado, que
 «merecen vuestra pureza y la dignidad de Pa-
 «dre de Jesus, quien no ha conferido este títu-
 «lo ni á los ángeles. Ya el trono os está preve-
 «nido á la diestra, del que se ha preparado á
 «vuestra Esposa. Vos sereis el primer Ministro
 «de Estado en la Corte del Paraiso, el Tesore-
 «ro de las riquezas y de todas las gracias que
 «puede hacer el Padre Omnipotente: sereis el
 «Protector de la nueva Iglesia que está para na-
 «cer, y el Abogado en todas las necesidades, y
 «causas de sus hijos..... La Madre de Dios,
 «hablando con la suave elocuencia de sus ojos
 «más que con la apacible dulzura de sus voces,
 «le daría las gracias por el cuidado con que le
 «sirvió, con tales demostraciones de agrade-
 «cimiento, que causarían nuevos incendios de a-
 «mor divino en aquella alma generosa de San
 «José..... Siendo esto como se piensa, no es
 «de maravillar que algunos hayan creido que el
 «moribundo José con estas acciones de fineza,
 «recibió aquellas mortales heridas con que el
 «Dios y la Madre del amor divino, quitan la vi-

«da mortal á sus amantes. Entre estos coloquios,
 «dió aquella luz resplandeciente, como el sol
 «cuando está cercano á su ocaso, la última ha-
 «marada.

Dicen que fué la muerte y tránsito feliz del
 Señor San José el dia 20 de Julio, los que han
 seguido el error y cronología de los coptos y de
 los otros antiguos cristianos del Oriente; pero
 la tradicion más constante y más conforme con
 los martirologios, señala el dia 19 de Marzo á
 la solemnidad de su memoria, de la que habla-
 ré con más estension cuando trate del culto del
 gloriosísimo Padre de Jesus y Esposo de Ma-
 ría. Muerto este en presencia de tan esclareci-
 dos personajes, dice el Gerson citado de Patri-
 ñani, que Cristo, quien se dignó de preparar a-
 quel sagrado y virginal cuerpo para el sepulcro,
 le puso las manos sobre el pecho, y que lo ben-
 dijo para que no se corrompiese; y que tambien
 le señaló ángeles por guardias, que se mantu-
 vieron delante del sagrado depósito hasta que
 fué llevado á la sepultura. Corriendo las exé-
 quias del Señor San José por mano de un Hijo
 Omnipotente, y que habia recibido del Santo

grandes obsequios, no tengo dificultad en creer, que sucederia mucho más de lo que refiere Gerson; pero no doy por escrito lo que siento, porque es en vano contar los hechos que se creen, si no se prueban con la tradicion y con los documentos de la historia.

Bernardino de Bustos, refiriendo lo que piadosamente se puede creer, dice, que Jesus y María asistieron en su enfermedad al Señor San José, y que sin apartarse de su cabecera, lo confortaban, y que José decia: «Oh mi Jesus, muero consolado con la esperanza de que abreviando los plazos á tu piedad, presto nos has de redimir.» Con estas palabras en los labios dice por último, que espiró despues de haber vivido treinta años en la amable compañía de la gloriosa Vírgen y de su Hijo Jesus.

CAPITULO XXIX.

Del lugar donde murió el Señor San José, y del sitio de su sepulcro.

NINGUNO de los historiadores establece cosa cierta acerca del lugar donde murió y fué sepultado el santísimo Patriarca. Agustín Cal-

met juzga que pasó á la otra vida en aquella ciudad en que se estableció despues que vino de Egipto, y que en el mismo lugar, que era Nazaret, dieron sepulcro á su cadáver. Todo el fundamento de este escritor es, que se cree haber muerto donde tenia establecido su domicilio. Me parece que no tiene la mayor fuerza esta conjetura; porque el hombre, aunque se haya establecido en un lugar determinado, tiene todo el mundo para morir. Los sabios continuadores de la árdua empresa del Bolando, siguiendo á Beda, ó al que fué el autor de la descripcion de los santos lugares de Jerusalem, dicen, «que el Señor San José se enterró en el valle de Josafat, y que es verisímil que su muerte, por disposicion divina, sucediese en aquella parte del año en que habia de ir con su Esposa y con el Niño á adorar al Señor en Jerusalem, para que de esta suerte se cumpliese el deseo que tenian los hebreos de ser enterrados en los sepulcros de sus mayores.» El mismo Beda tambien juzga que el sepulcro del Señor San José estuvo cerca del túmulo del Santo anciano Simeon; pero los críticos no admiten esta noticia, creyendo que na-

ció del yerro de algunos, que equivocaron el sepulcro de José, llamado el Justo, que fué elegido con San Matías cuando trataron los Apóstoles de proveer el puesto de Júdas. Los antiguos cristianos del Oriente escriben en la Vida de San José, que fué enterrado en el mismo sepulcro de Jacob su padre. Esta historia, que escribieron los orientales, no tiene autoridad y segun los eruditos, casi toda ella es una fábula, que dando fé á las tradiciones del vulgo, creyeron aquellas gentes destituidas de buenas luces. Y así habremos de recurrir á la conjetura del Papebroquio, para juzgar que el Señor San José murió en Jerusalem, y que fué sepultado en aquel valle, donde estaba el sepulcro de Josafat y el huerto de Getsemaní. Si no es que queramos afirmar que murió en Nazaret, donde se había establecido, y que mandó que sus huesos fuesen trasladados al valle de Josafat, donde estaba el sepulcro de sus ilustres progenitores.

CAPITULO XXX.

Del aspecto y facciones del Señor San José.

FUE el dignísimo Esposo de la Madre de Dios dotado de un aspecto lleno de belleza y de magestad, y en cierto modo superior al diseño que mostró el Cielo en aquel antiguo José, cuya gallarda disposicion se vió como una maravilla entre los egipcios. Al primer José lo pintó el Espíritu Santo, describiendo la hermosura y la bella magestad de su semblante, y al segundo, que fué el Padre putativo de Jesus, nos hace ver Eusebio Cesariense, cuando dijo en uno de sus escritos que el Señor San José era de una rara modestia y de un talle en que brillaba una perfecta disposicion. Mas yo juzgo que no se puede formar una cabal idea del cuerpo y facciones del consorte de aquella Virgen la más hermosa entre las criaturas, sin poner primero á la vista un rasgo de las perfecciones corporales de aquel Jesus, en quien la industria de la gracia, siguiendo los ocultos designios del Cielo, puso, como dice Gerson, el retrato de su Padre putativo San José. Fué Cristo de un cuerpo

perfectísimo, y tan admirablemente formado, que tuvo en boca del Real Profeta David en un grado ventajoso las cualidades y rasgos de la hermosura, aun en aquella nacion que ántes habia dado bellezas tan peregrinas, que las aplauden con voces magníficas la Sagrada Escritura.

Jacinto Serrí, crítico notado de extremo rigor en sus opiniones, disputó al cuerpo inmaculado del Hombre Dios las bellas facciones que le dió la naturaleza; mas no necesita la corporal hermosura de Jesus de los rasgos de esta pluma, cuando están declarados á su favor un Crisóstomo, y un Tomás, que pintó con tanta claridad las perfecciones del cuerpo de Jesus, que parecia llevar á todo el sol en las luces y hermosura de sus palabras. Siguen al Príncipe de los teólogos el exímio Doctor Francisco Suarez y el Padre Séri, orador y teólogo ilustre. Y cuando estos hubieran callado la peregrina belleza de Jesus, bastaria para creerla lo que han dicho otros Padres de grande autoridad. Hermosura en el hombre, quiere decir, magestad en el aspecto, segun el juicio de Ciceron. ¿Y quién no sabe, dice San Gerónimo, que la bella presen-

cia y magestad brillaban de tal modo en el rostro del Hombre Dios, que á la primera vista se sentian igualmente heridos los ojos que el corazon, de las armas y poderosos atractivos de la hermosura que el pincel divino puso en aquel semblante, en que estudian el cielo á las flores su belleza? Esta belleza es el retrato del Señor San José, que segun Gerson, era necesario que fuese parecido á Jesus, para que viéndose una gran semejanza entre Cristo y José, se ocultaran más las secretas providencias del Cielo, que quiso que el Hombre Dios fuese tenido por Hijo del ilustre Esposo de María.

CAPITULO XXXI.

Se juzga que el Señor San José fué uno de los que resucitaron con Cristo.

HABIENDO muerto y resucitado Jesus, resucitaron con el mismo Señor muchos cuerpos de Santos que habian pasado á la otra vida, como consta del capítulo veintisiete de San Mateo. El Evangelio no dice de qué Santos fueron los cuerpos que de los horrores del sepulcro pasaron á la vida con Jesus, ni los Padres anti-